

Los compositores y la música para el culto

No sabemos quién escribió la mayor parte de la música usada en los primeros días de la Iglesia y no tenemos idea a quién se le ocurrió la mayoría de los “Cantos gregorianos”. Lo que sí sabemos es que, desde sus inicios, la Iglesia ha necesitado compositores ya que, desde sus primeros días, la Iglesia ha rendido culto cantando.

Cuando uno escribe música para la Iglesia, especialmente la música que acompaña a los textos litúrgicos, uno enfrenta una tarea desafiante e, inclusive, abrumadora. Por cierto, la música tiene que ser buena pero también tiene que producir algo. Tiene que expresar el texto en una manera que permita y hasta anime a las personas a cantar ese texto como oración—y eso sí que es un gran desafío ya que las personas tienen ideas diferentes sobre lo que es una oración y sobre cómo debe de hacerse; por lo tanto, ellas tienen también ideas diferentes sobre el tipo de música que exprese mejor la oración.

¿Qué sonido tiene una oración?

A veces la oración suena como una canción de amor y “la Iglesia nunca cesa de encontrar maneras nuevas de cantar su amor por Dios todos los días” (U.S. Conference of Catholic Bishops, *Sing to the Lord: Music in Divine Worship* [STL], 83). A veces la oración suena como la verdad, una auténtica “expresión de la fe católica” (STL, 83). Algunas oraciones suenan como una petición: pidiéndole a Dios que nos escuche, suplicándole a Dios que nos libere de un dolor o de una pena o rogando el perdón de Dios. A veces, la oración es alabanza: un gozo profundo por lo que Dios ha obrado y que se manifiesta en aclamación y acción de gracias.

Las comunidades y los individuos expresan el amor o la verdad o su petición o alabanza en diferentes maneras. Por eso, los compositores tienen el desafío de encontrar la manera de expresar esas diversas formas de oración con los sonidos que le son familiares a su diverso pueblo. Es por eso que la Iglesia incorpora—y ha venido incorporando usualmente—los diferentes géneros musicales en el culto.

Cambiando los géneros

En el culto, los diferentes estilos y géneros musicales les sonarán “bien” o “apropiados” a diferentes personas. Cuando los Cantos gregorianos se convirtieron en el repertorio estándar de la Iglesia Católica, el Papa Leo IV (847-855) le tuvo que escribir al Abad Honorato del Monasterio de Farfa, cerca a Roma, porque a Honorato el canto gregoriano le parecía “desagradable” y rehusaba usarlo en la liturgia monástica. En el siglo XIV, Jacob de Liege se quejó de los músicos que usaban un nuevo estilo polifónico llamado *ars nova*: “Ellos no respetan la calidad... al escuchar las notas, bailan, giran y dan brincos en los momentos

más inoportunos, aullando como perros”. En el Concilio de Trento, los obispos mostraron su preocupación por cualquier tipo de música cantada en partes, arguyendo que “ésta deleita más al oído que a la mente...”. Claro que también mostraron su preocupación por los solistas y los miembros de los coros que cantaban música monofónica quienes “no saben diferenciar entre una nota y otra... y son, en verdad, inexpertos en todas las fases de la música”.

Los nuevos tiempos y los nuevos estilos siempre han traído consigo cambios en la música de la Iglesia y desafíos al status quo. Cuando los misioneros llegaron a América y al Lejano Oriente en el siglo XVI, ellos afirmaron la naturaleza cantada de la liturgia católica al adaptar su música y adecuarse a la nueva situación. El Papa Clemente XII (1730-1740) permitió una nueva forma de canto en “las Hispanias y la India” y el Papa Benedicto XIV (1740-1758) tuvo que aceptar el uso generalizado de la “música figurada” y de otros instrumentos aparte del órgano—“que hoy se ha propagado tanto que ha llegado hasta Paraguay”.

Seguiremos cantando

Tres hebras emergen de nuestra historia musical. La primera es que el canto gregoriano conserva “el primer lugar” (como lo manifestó el Concilio Vaticano II) “como lo propio de la liturgia romana”, capaz de comunicar el texto del rito en una forma que puede ser entendida por las personas y puede guiarlas más profundamente a la oración. La segunda es que los compositores del pasado han hecho una buena labor al crear música para el culto y mucho de este “tesoro de música sacra” necesita ser conservado y utilizado hoy. Y la tercera hebra, reconocida por el Papa Pio X en 1903, es esta: “La Iglesia ha reconocido y fomentado en todo tiempo los progresos de las artes, admitiendo en el servicio del culto cuanto en el curso de los siglos el genio ha sabido hallar de bueno y bello.... por consiguiente, la música más moderna se admite en la Iglesia, puesto que cuenta con composiciones de tal bondad, seriedad y gravedad, que de ningún modo son indignas de las solemnidades religiosas.”

Desde los primeros días de la Iglesia, parte de la inspiración de los compositores ha sido encontrar una música apropiada para el culto y los cambios que se han dado a lo largo del tiempo siempre les han representado desafíos a los compositores. Hoy, como en el pasado, los compositores enfrentan desafíos para encontrar una música buena para usar con los textos litúrgicos y para crear nuevos textos, derivados de fuentes litúrgicas y bíblicas, que sirvan a la oración. Existen muchas formas de oración y muchas formas de canto. La música de cualquier era que mejor fomente la participación en el Misterio Pascual se convertirá en parte del “tesoro de música sacra” de la Iglesia para ser utilizada y servir de modelo a futuros compositores.

Las citas, aparte de la traducción libre de *Sing to the Lord*, fueron tomadas de los documentos del Concilio Vaticano II, tal como aparecen en la página web www.vatican.va.

Copyright © 2009 National Association of Pastoral Musicians. Esta página puede duplicarse en su totalidad como inserto en el boletín por miembros de la parroquia pertenecientes a NPM, sin más permiso para su reproducción. Para cualquier otro uso, póngase en contacto con la oficina editorial de NPM enviando un e-mail a: npmedit@npm.org.